ENTRAMADAS Y EN RED:

Tres historias de cambio y transformación

FONDO DE MUJERES DEL SUR

Uruguay es un país pequeño, de poca población y gran solidez institucional que goza de una saludable democracia desde su restauración hace casi 40 años. Es una república presidencialista subdividida en diecinueve departamentos y 127 municipios.

Según los datos del último censo (2023), la población alcanza los 3.444.263 habitantes, de los cuales 48 por ciento son varones y 52, mujeres.

Uruguay es el país de América Latina con mayor nivel de alfabetización según Naciones Unidas. Sus indicadores asociados a transparencia y calidad de vida son de los más elevados de la región, y expresa una de las distribuciones de ingresos más equitativas del continente, alcanzando un coeficiente de Gini de 0,39.

Sin embargo, en Uruguay la Violencia Basada en Género (VBG) alcanza niveles alarmantes, y constituye una amenaza real y permanente en la vida de muchas mujeres.

La legislación del país define a la violencia basada en género como toda "toda conducta, acción u omisión, en el ámbito público o el privado que, sustentada en una relación desigual de poder en base al género, tenga como objeto o resultado menoscabar o anular el reconocimiento, goce o ejercicio de los derechos humanos o las libertades fundamentales de las mujeres". A lo largo de los años, han existido en Uruguay varias iniciativas de corte normativo y de construcción de política pública para atender esta problemática.

A nivel internacional, Uruguay ha ratificado diferentes convenciones del Sistema de Naciones Unidas (NNUU) y de la Organización de los Estados Americanos (OEA), por tanto, los derechos consagrados en los mismos son exigibles a nivel nacional, y existen mecanismos de seguimiento que el Estado uruguayo debe informar periódicamente. Entre estos se destacan: Comité sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Contra la Mujer (CEDAW, 1979); Convención sobre Derechos del Niño (CDN, 1989); Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer (conocida como Belém do Pará, 1994), que aporta el Mecanismo de Seguimiento MECSEVI; Protocolo para prevenir, reprimir y sancionar la trata de personas, especialmente mujeres y niñes, que complementa la Convención de las Naciones Unidas contra la delincuencia transnacional (conocido como Protocolo de Palermo, 2000).

Dentro del marco legislativo nacional, existen varias leyes que buscan generar sistemas de promoción de la igualdad de género y prevención de las violencias. Desde 2017, el país cuenta con una ley integral de prevención y atención a las violencias contra las mujeres basadas en género que aborda 17 formas de VBG.

Asimismo, el país cuenta con una Estrategia Nacional para la Igualdad de Género Uruguay 2030, fruto de un intenso trabajo interinstitucional entre la academia, las organizaciones sociales y representantes de todo el territorio.

En este marco, se han desarrollado de forma sostenida e incremental, programas y proyectos orientados al abordaje de las dimensiones más significativas de la VGB en el país.

A pesar de los avances señalados, Uruguay registra indicadores que expresan valores altamente preocupantes:

Según los datos que arroja la Segunda Encuesta Nacional de Prevalencia de Violencia Basada en Género presentada en 2019, 3 de cada 4 mujeres vivieron situaciones de violencias en algún momento de su vida;

Entre el 2020 y el 2023 el total de mujeres asesinadas bajo la figura de femicidio alcanzó la cifra de 124. En ese último año, el número de femicidios fue de 23, lo que significa que casi 1 mujer fue asesinada cada 15 días[1];

Durante el 2023 el Ministerio del Interior recibió 117 denuncias por violencias de género por día.

Más allá de los marcos jurídicos y dispositivos de protección y prevención diseñados en nuestro país, las mujeres siguen expuestas de forma continua a diversas manifestaciones de violencias de género y muriendo en manos de agresores, que, por lo general, habían previamente dado indicios de comportamientos peligrosos.

Este es el contexto en el que Entramadas desarrolló sus acciones. A través de este proyecto buscamos intervenir e incidir en esta problemática, poniendo foco en departamentos que expresaban los peores indicadores al respecto. Estos territorios se encuentran más alejados de los programas y dispositivos de abordaje, y pueden ser considerados bastiones del conservadurismo social, político y cultural.

El proyecto se llevó adelante en Artigas, Rivera, Tacuarembó y Cerro Largo. Estos cuatro departamentos presentan los mayores índices de femicidios. Si se analiza la información a partir de las tasas por cada 100.000 mujeres: Cerro Largo es donde existe la mayor tasa de muerte de mujeres por femicidio en el país (4,2). Le sigue Tacuarembó (2,3) -que también presenta elevados valores en las tasas de suicidio- y Rivera (1,9).

A través de Entramadas buscamos reforzar el papel de la sociedad civil, fortaleciendo el tejido organizacional, promoviendo mecanismos de

[1] https://www.feminicidiouruguay.net/base-de-datos

coordinación interinstitucional y estimulando las sinergias entre actores, e incidir en los procesos de diseño, implementación y evaluación de las políticas públicas locales con el fin de garantizar la promoción, protección y respeto de los derechos de las mujeres.

En todas las acciones de investigación, acción y apoyo a la sociedad civil, se ha buscado contribuir al reconocimiento de que las violencias contra las mujeres -tanto en los ámbitos públicos como privados- constituye una violación a los derechos humanos, [2] con impactos que afectan múltiples y diversas dimensiones en la vida de quienes la padecen, y en su entorno.

Para ello, el Fondo de Mujeres del Sur implementó en estos tres años un conjunto de acciones y estrategias de apoyo al fortalecimiento de organizaciones y grupos de base territorial, que trabajan en primera línea con situaciones de violencias, particularmente en ciudades y comunidades con escasas redes de acompañamiento y -como se ha mencionado ya- de difícil acceso a los servicios estatales.

De este proceso de trabajo y empoderamiento, surgen estas historias: la de Nicolle y el colectivo Riversidad; la de Lorena y las Tejedoras de Derechos, y la de Allison y Kelly, de Mujeres Resilientes. Estos testimonios son de profunda transformación personal y colectiva, nos inspiran y motivan a redoblar el compromiso, porque dan cuenta de que estas estrategias y estos caminos generan impactos sustantivos en los propósitos trazados: la construcción de una sociedad más igualitaria, donde los derechos de todas, todos y todes sean prácticos y efectivos.

Hacer la diferencia:

Nicolle y el colectivo Riversidad

Nicolle Casaravilla tiene 35 años, muchos diplomas en la pared, mucha formación y mucha experiencia. Sin embargo, sigue buscando trabajo: “Ojalá, le pido al universo, que este año se me dé. Me anoté a un llamado, capaz que me sale. Yo sigo, vamos, vamos, siempre hay que seguir” expresa con énfasis en su portuñol rápido y cerrado.

Nicolle es una mujer trans que vive en Rivera, es activista y militante desde hace más de 15 años. Su día a día se desarrolla entre las tareas domésticas, el cuidado de sus animales (que se hicieron presenten durante la entrevista, en particular el cacareo y canto de gallos y gallinas), el estudio y su activismo incesante y sostenido por los derechos de las personas LGTBQ+. Es representante de la Asociación Trans del Uruguay (ATRU) en el departamento e integrante del colectivo Riversidad.

A los 6, comenzó a sentir que era una niña. A los 14, entrando en la adolescencia, le dijo al mundo que su identidad de género no era la que se le había asignado por su biología, ella era una mujer trans. A pesar de ser una excelente y apasionada estudiante, abandonó el liceo, porque le resultaba insostenible el acoso y la discriminación que enfrentaba todos los días en el centro educativo.

Esa fue también la razón por la cual Nicolle vivía más de noche que de día, como una manera de pasar desapercibida, camuflarse, de no ser vista. Como la mayoría de las mujeres trans en Uruguay, el ejercicio del trabajo sexual se configuró en un momento de su vida como la única opción a la pobreza. Y allí conoció muchos dolores, pero también encontró a sus hermanas, a sus *villas* como las llama.

“Las *villas* somos todas nosotras: las lesbianas, las gays, las trans. Son las compañeras, las hermanas de causa y

las de lucha, las *villas* son, en definitiva, mi familia", cuenta Nicolle, y explica de dónde viene el término con que las reconoce: una expresión yoruba de identidad, un código de pertenencia entre las mujeres trans que ejercen el trabajo sexual.

Fueron las *villas* quienes la impulsaron al activismo. "Extraño mucho a mis compañeras que murieron por el VIH o las que mataron. Por eso siempre digo, yo jamás me voy a olvidar de dónde vengo, todo lo que pasé para ser la mujer que soy ahora. Es lo que le digo siempre a las gurisas: podemos ser lindas, podemos ser bellas, pero no nos olvidemos de nuestros orígenes".

El descubrimiento del activismo

"Vos podés ser lo que vos quieras ser: una trans, una travesti, una marica, no sé cómo que se llaman entre ustedes, me decía mi abuela, pero lo único que yo te pido es que vos hagas la diferencia".

De ese origen, de esos dolores nace el deseo, la necesidad de pelear los derechos de las mujeres y disidencias. Con el mandato a fuego de hacer la diferencia, Nicolle comenzó a buscar espacios de militancia. Así conoció a dos activistas trans de Montevideo e inició un proceso de aprendizaje y descubrimiento, que la convirtió en referente de ATRU en Rivera, y le hizo sentir cada vez más la importancia de generar redes, alianzas con otros colectivos, porque, como dice Nicolle, "juntes siempre es más fácil y más posible".

Nicolle conocía al colectivo Riversidad desde hacía tiempo. Sebastián y Luis -dos de sus fundadores- eran activistas y referentes, que ya trabajaban temas vinculados a la erradicación de las violencias de género y las discriminaciones. La sinergia se dio naturalmente, y comenzaron a sentir que el trabajo tenía que ser en conjunto, que las causas eran las mismas y que juntes iban a tener más potencia y más fuerza.

Nicolle comenzó a imprimir en Riversidad la perspectiva del colectivo trans, y su perfil auguraba un rol de referencia para esa comunidad que fortalecía el alcance del colectivo e incorporaba en él algunas letras de las siglas -t,q y +-, que aún no hacían carne en la organización.

Desde entonces, hace seis años, el colectivo viene trabajando y consolidándose como un actor con legitimidad social e institucional; una organización de referencia no solo en Rivera, sino en todo el norte del país. “Estábamos siempre en los mismos lugares, organizando cosas juntes, trabajando en las mismas líneas, pero éramos dos cosas separadas. Nuestro colectivo en realidad no representaba toda la sigla, nunca tuvimos antes personas trans, y con esto de que hubiera otras referencias de otras organizaciones, hacía mucho más difícil integrar a personas trans al colectivo de Riversidad”.

La incorporación de Nicolle, su referencia e identidad, significó la confluencia de colectivos distintos, pero con los mismos propósitos, y un crecimiento en el abordaje y perspectiva de Riversidad.

Procesos personales y colectivos

“Entramadas fue la consolidación de una fusión evidente, y también la oportunidad para convocar a otras identidades que estaban surgiendo, y que en la época que nosotros comenzamos la organización, no se hablaba”.

El proyecto se configuró para el colectivo “como un desfibrilador” afirma Luis. “Veníamos de los bajones constantes entre el nuevo gobierno, los recortes presupuestales, las amenazas a los derechos conquistados, y el tema también de la pandemia, ¿cómo vamos a trabajar en la pandemia?”.

“Con Entramadas logramos explorar otras formas de hacer el activismo. Toda la experiencia de estos tres años nos deja un montón de cosas para continuar, para proyectar cómo vamos a seguir trabajando en los próximos años.

También para poder trabajar el tema de las violencias basadas en género con una mirada específica hacia dentro de nuestra comunidad, que es algo que ocurre todo el tiempo, no solamente en el ámbito familiar, sino también en el ámbito institucional. Creo que logramos enfocar nuestro trabajo hacia personas no contempladas dentro de los proyectos y programas institucionales, enfocados mayormente en las mujeres cis heterosexuales y no en la comunidad lgbtiq+, que, muchas veces, acá en el norte sufren violencias muy jodidas y hasta donde llegan a perder la vida".

Para Nicolle, Entramadas significó un proceso de crecimiento individual importante, un redoblar la apuesta y torcerle el brazo al sistema que desde sus 14 años la excluyó de todos los espacios. "Yo decía, gurisas, el Fondo de Mujeres del Sur nos está dando la posibilidad de poder seguir evolucionando como personas, tengo que agarrar esta oportunidad. Les dije: *villas*, voy a terminar el liceo, voy a hacer facultad, voy a ser la primera mujer trans socióloga. Yo siempre le digo a las gurisas que no importa que el liceo sea tan feo, tan difícil de habitar, termínenlo, porque el estudio, la educación, es el mayor empoderamiento puede tener una mujer trans".

A nivel colectivo, el proyecto también significó un fortalecimiento de su referencia en la comunidad, en la consolidación de su rol como activista, de brindar apoyo, respaldo y acompañamiento a otras mujeres trans. "Yo siento que gracias a este empoderamiento, y esa oportunidad de Entramadas, la imagen de la mujer trans, la referente trans, creció bastante. Yo misma me doy cuenta cuando miro las entrevistas de la evolución de lo que yo era 2020 y lo que soy hoy".

Una cadena de transformación

Florencia y Erika son dos mujeres trans integrantes del colectivo Riversidad. Ambas encontraron en Nicolle una

figura de referencia, de guía, de orientación. “A Nicolle la conocí en una de mis primeras marchas en Rivera. Yo estaba en el inicio de mi transición. Luego nos comunicamos por redes sociales, y fue ahí cuando me indicó y me orientó cómo podía hacer el cambio registral porque yo no tenía mucha información (...) y después me interesó participar en el colectivo de Riversidad. Fue ahí donde empecé a ir a las reuniones a participar más en las actividades, en las marchas”, cuenta Erika.

“Nicolle es una activista de verdad, una compañera. Tengo un gran agradecimiento hacia ella, me brindó la oportunidad de ser parte de varios proyectos. Ella y el colectivo de Riversidad nos abrieron la puerta a muchas mujeres trans, a saber cómo defendernos en el mundo que vivimos, a reunirnos, charlar, aprender, luchar entre todas, apoyarnos entre todas (...) El lazo de amistad es fuerte, y demuestra que juntas siempre hacemos la diferencia”, agrega Florencia.

Nicolle reflexiona sobre los resultados del proceso que Riversidad llevó adelante a través de Entramadas: abrir nuevas oportunidades en Rivera al colectivo LGTBQ+ en general y a las mujeres trans en particular, y seguir avanzando en la conquista por el real y efectivo goce de sus derechos.

Nicolle se imagina como un eslabón más en una cadena de transformación: lo que recibió lo vuelve a dar, intenta configurarse para otras, como otras referentes lo hicieron en su vida. Se trata siempre y, sobre todo, de *hacer la diferencia*.

Transformación:

Lorena y las Tejedoras de Derechos

Lorena es auxiliar en educación especial, ama a los niños y tiene una verdadera vocación de servicio. Tiene 36 años y vive desde siempre en San Gregorio de Polanco, una pequeña localidad en lo profundo del departamento de Tacuarembó, en la que la tradición y los mandatos patriarcales se sienten fuerte.

Durante 20 años Lorena sufrió todo tipo de violencias de mano de su ex pareja, padre de sus tres hijos. “Cuando yo tenía 18 años él me dio una paliza que casi me mata”, recuerda Lorena. “Estuvimos separados un tiempo, pero después volví con él. Volví porque lo quería, no sé. Aparte a mí me habían enseñado que lo correcto era tener una madre y un padre, así era una familia, y como yo no tuve ni madre ni padre quería eso para mis hijos. Aguantaba cualquier cosa con tal de que ellos tuvieran a su madre y a su padre”, reconoce hoy.

Como en muchos de los círculos de violencia doméstica, las agresiones y amenazas iban aumentando en intensidad y frecuencia. La violencia también era ejercida hacia los dos hijos que vivían con ellos. Lorena no tenía amigas. Estaba cada vez más sola, con más miedo y no encontraba salida a su situación.

Hasta que un día su hija mayor, que ya no vivía con ella, la encaró.“Mamá, lo tenés que dejar. No te va a lastimar, te va a matar, te va a matar a vos y a mis hermanos”, cuenta Lorena. “Ahí dije, ¿y ahora qué?, que mi hija me lo dijera era fuerte, muy fuerte”, agrega.

A los pocos días, algo se rompió. Fue, dice ella, la gota que derramó el vaso. “Él se enojaba y yo me tenía que ir con los gurises. Bautista en ese tiempo tendría 10 años. Esa noche, él nos echó y yo tenía llave de la casa de un vecino. Me fui con los dos chicos, de madrugada (¡un

frío!). Y, claro, ellos tenían mucho miedo. Al verme temblar (porque yo trataba de no llorar, pero al cuerpo no lo podía controlar) Bautista me dice: 'vamos para casa, mamá, que si papá te quiere pegar, yo voy a defenderte'. Ahí supe que no tenía que aguantar más. Dije *'tá*, ya está'. Porque era la vida de ellos y mi vida".

Lorena acudió al servicio de atención a mujeres en situaciones de violencias del Ministerio de Desarrollo Social. Asistió durante tres años, transitando el duro y difícil proceso de salida. En ese proceso conoció al grupo Tejedoras de Derechos, una organización de mujeres que, movidas por el hastío de ver niñas y adolescentes siendo violentadas en su pueblo bajo el cómplice silencio de la comunidad, decidieron romper el pacto de "no ver y no meterse".

El colectivo organizó la primera marcha por el Día Internacional de Erradicación de las Violencias hacia las Mujeres en San Gregorio. Durante el mes de noviembre, cada sábado se encontraron para pintar carteles y banderas. "Nos fuimos juntando gurisas, y de a poco se fueron sumando cada vez más. Pusimos el tema en la calle y el lema de toda la movida fue 'las gurisas no se tocan'".

En ese contexto, Lorena se integró a Tejedoras, para transformarse y sanar, y pasar de ser una persona que atravesó situaciones de violencias a ser una activa promotora por los derechos de las mujeres. Entramadas significó una oportunidad de ser protagonista, encontrarse con otras y trazar objetivos comunes para tomar conciencia y avanzar hacia una vida libre de violencias.

Un largo proceso de sanación

En los primeros meses de su separación Lorena atravesó una profunda depresión."Entré en un pozo, estuve meses tirada en una cama solo tomando agua", cuenta. Le costaba conectar con su situación, afrontar las miradas, comentarios, juicios que, en un pueblo chico donde todos se conocen, son tan inevitables como dolorosos.

En ese período, Tejedoras de Derechos fortaleció su presencia como colectivo. Lorena comenzó a participar de las reuniones en la plaza, y luego en las instancias de capacitación y formación que llevaron adelante en el marco de Entramadas.

“Llegué a Tejedoras por medio de una conocida. Me invitaron a participar y *tá*, les dije que sí, porque me parecía interesante la propuesta. Empezamos pintando carteles y después empezamos a hacer cursos, para capacitarnos en abordaje sobre drogas, sobre adolescencias e infancias, y también hice un curso de cómo ayudar a las mujeres que sufren violencia. También sobre el cuidado en internet, sobre la violencia en las redes sociales”.

Cada instancia significaba más conocimiento, más fortalecimiento, un paso más en su proceso de salida y sanación: “Me aportó mucho conocimiento, y como que me sacó del pozo, me fue ayudando y cambiando un poco la mente”.

Conocer otras realidades, incorporar nuevas estrategias, saberse acompañada, fue sustantivo para Lorena. “Me encantó charlar con ellas, porque la violencia es mundial, más hacia nosotras. Y compartir las diferentes experiencias, con las diferentes técnicas de ayuda que se trabajaron en esos talleres, fue también re importante”.

Así fue como Lorena, tres años después de su separación, se encontró deseando habitar un espacio con otras que, como ella, sabían lo que es atravesar una situación de violencia. Pero también sabían lo que significa salir y sanar. “Nos reuníamos una vez por semana o cada 15 días. Siempre estaba deseando que llegara el día para ir a la reunión y ahí hablar”.

Hoy, además de compañeras, Lorena también tiene amigas. “Siempre andan conmigo, ¡ahora tengo amigas por suerte!”, cuenta.

Transformación, la palabra que representa su proceso

Lorena siente que todo el dolor fue canalizado en un deseo por ayudar a otras que transitan situaciones parecidas a lo que ella atravesó. Elige la palabra *transformación* para representar su cambio, su proceso. “Me parece que transformé todo el dolor, porque mirá que en todo este proceso yo nunca me enojé, nunca grité, tuve mi duelo, (como toda separación), pero fue un duelo raro. A mí (Tejedoras de Derechos) me salvó la vida. Aprender, poder ayudar a otras, querer ayudar y poder hacerlo”, cuenta Lorena.

Al integrarse al colectivo, Lorena conoció a otra compañera psicóloga que catalizó su deseo de acompañar. “Ella vio en mí que yo tenía ese, no sé cómo llamarlo, si don o qué para hablar con otras mujeres. Ella siempre me lo decía, que era como un don que yo tenía para hablar con mujeres y adolescentes”.

Hoy, Lorena es referente en San Gregorio de Polanco. Se acercan a ella mujeres en situación de violencia, o amigas y familiares de otras que, como ella alguna vez, no logran encontrar una salida.

“Me di cuenta que me gustaba ayudar a otras personas, que la gente se contacta conmigo. No sé si es algo natural que a mí me pasa, o que cuando veo otra persona que está pasando por lo mismo, sin que me diga nada yo ya me doy cuenta. No sé qué es. He conocido muchos casos de violencia de mujeres que te cuentan: mirá, a mí me pasa esto y trato de darles una mano, ¿no? Dentro de lo que se puede, trato de ayudar. Seguimos luchando y peleando gracias a un grupo que también es excelente. Todas tienen sus problemas, y entre todas nos ayudamos a salir. Doy gracias al universo por el grupo y por esta oportunidad de conocerlos a todos ustedes. Ha sido una experiencia hermosa”, agrega.

Celia, una de las fundadoras de Tejedoras, expresa que el proceso que transitó Lorena es inspirador, y es una fuente de referencia para otras. “Lorena logró visibilizar la violencia en la que estaba enmarcada, el vínculo con el padre de sus hijos, y toda la violencia a la que fue expuesta y hostigada por la familia de él. Ha tenido un proceso sostenido, se mantuvo firme en un medio que la cuestiona y señala como mala, porque lo dejó y ‘él es bueno’. El hecho de sostener un dictamen judicial, de colocar una tobillera en una pequeña localidad del interior de Uruguay, también eso es muy difícil”, agrega.

Celia reafirma que Lorena, además de convertirse en referente, se convirtió en una activa promotora y facilitadora para que mujeres de su localidad pudieran salir de situaciones de violencias. “Su conocimiento sobre procesos judiciales, de trámites, de números de contacto, a todos los puso al servicio de la comunidad. En determinados momentos, a través de denuncias anónimas, ha logrado que se restituyeran derechos a niños vulnerados. Ha llevado adelante el contacto con la municipalidad, y de esa forma logramos una respuesta más rápida a las solicitudes que realizamos desde Tejedoras de Derechos”.

Para muchas mujeres, Lorena es la evidencia de que es posible, aún en los contextos más hostiles, salir y romper los círculos de la violencia. En síntesis, ella es un claro ejemplo de transformación.

Ser y tener red:

Allison y Kelly de Mujeres Resilientes

Cerro Largo es uno de los departamentos con mayores niveles de violencias basadas en género del interior de Uruguay. Desde 2020, las denuncias han aumentado de forma sostenida: ese año se registraron 596, y en 2023, 751.

Allison y Kelly son hermanas, e integrantes de Mujeres Resilientes. Allison es psicóloga, y Kelly, abogada. Ambas sintieron la necesidad de volver a su lugar de origen al terminar su formación profesional. Sabían que no era fácil: la vida y el tránsito por otros espacios las habían hecho crecer, deconstruir, mirar de otra manera.

Siempre entendieron que las desigualdades que transitaban las mujeres eran injustas, pero esta vez era distinto: “Estábamos volviendo a reconocer al pueblo, teníamos idea de lo que siempre fue, pero no era lo mismo. Cuando nos fuimos lo veíamos, pero como niñas, y no nos interpelaba en la misma forma en que lo hace ahora como mujeres. Tuvimos un primer choque al ver los micromachismos instalados en el pueblo”, cuentan.

En ese proceso de regreso y readaptación, con “los lentes violetas ya instalados en sus vidas”, surgió la necesidad de hacer algo y no quedarse como espectadoras. Hacer algo con lo que tenían, con sus herramientas. Y así salieron a buscar redes, pero no encontraron nada.

En ese contexto, apareció Entramadas. Allison, Kelly, su mamá y un grupo de mujeres activistas de la localidad, encontraron en el proyecto una oportunidad para pasar a la acción y trabajar temáticas relacionadas a las violencias de género en Cerro Largo. Se organizaron como colectivo y le pusieron el nombre que aún llevan: Mujeres Resilientes.

“Una técnica que trabaja en la Secretaría de Género de la Intendencia nos conocía, y nos mandó el llamado de

Entramadas, y ahí nos juntamos, pero al principio no le dimos corte porque nos pareció demasiado. La técnica nos siguió insistiendo. 'Denle chiquilinas, que eso es para ustedes', y ahí nos juntamos y tá, empezamos a armar la propuesta. El proyecto fue un catalizador. Mujeres Resilientes se crea en base a la convocatoria, porque si bien nos juntábamos para ir a las marchas y para pelear por alguna cosa, digamos, no era que estábamos realmente organizadas o que teníamos actividades planificadas o que nos reuniéramos muy seguidos. Tampoco teníamos nombre", cuenta Kelly.

El nombre que eligieron habla sobre su esencia, sus propósitos: "Creíamos que lo que nos unía a todas en el grupo era justamente la resiliencia, el poder cambiar las situaciones por las que habíamos pasado o que pasamos diariamente. Hacer la diferencia un ratito, hacer algo distinto. Creo que el nombre ya transmitía eso que queríamos: que podíamos hacer el cambio".

Las iniciativas que desarrollaron en el marco de Entramadas, en el primer y segundo año de su aplicación, les significaron un gran crecimiento. "Hicimos un gran avance, como colectivo, y también cada una en su vida. En la forma de trabajo, la forma de abordaje y en cómo puedes sentarte a charlar con las mujeres y que fluya la conversación. Antes no nos pasaba, porque nos faltaban herramientas", cuentan, y agregan: "también cambiamos en nuestra vida, lo notamos mucho. Esta idea de la transformación: yo transformo a otras, y en el proceso me transformo yo".

Pero el trabajo no fue fácil. Las convocatorias que realizaron no siempre tuvieron la respuesta que esperaban, y las organizaciones –públicas y privadas- no les facilitaban las cosas, les costaba mucho generar articulación y coordinación. "Cuando intentamos trabajar en territorio tuvimos la negativa de otras organizaciones. No les caímos muy bien, como que primero no se nos aceptaba, no se nos permitía la intervención, como que no querían que estuviéramos ahí".

La persistencia, la tenacidad y la acción de la organización, fueron ablanda estas trabas. Así fue como Mujeres Resilientes comenzó a posicionarse y consolidarse como agente clave en las temáticas vinculadas a las violencias basadas en género.

“Después se fue dando más paulatino, no les quedaba otra, creo. Los medios sí no buscaban a nosotras, nos preguntaban qué íbamos a hacer, entonces terminaron aceptando, con un ‘bueno, las chiquilinas se están encargando’. Nosotras teníamos nociones muy firmes en lo que veníamos haciendo, y yo creo que eso hizo que fuéramos rompiendo barreras y resistencias. Al final, veían que estábamos trabajando en serio, que no éramos un grupito que venía a querer aparecer nomas”, relatan.

Mujeres Resilientes siente que Entramadas fue una oportunidad y a la vez un instrumento para su consolidación y legitimidad. Sus integrantes lo cuentan así: “El reconocimiento que nos dio, ese poder de decir ‘no son unas locas sueltas, hay trabajo, hay instituciones sólidas atrás, de peso’. Pudimos ser reconocidas desde ese lugar con este proyecto, nos abrió muchas puertas”.

Hoy Mujeres Resilientes es una pieza clave, una organización legítima y de referencia en Cerro Largo, e incluso en otros departamentos. Los lazos generados a través de Entramadas consolidaron redes que se mantienen, se nutren y fortalecen, sin la intervención del proyecto. “Llegamos a trabajar directamente con Riversidad, coordinamos actividades, llevamos la muestra (que hicimos en el marco de Entramadas). Las compañeras de San Gregorio de Polanco nos hicieron algunas consultas por unos temas complicados, y con los conocimientos jurídicos de Kelly les pudimos dar un asesoramiento inicial. Estamos también en contacto con Mizangas (otra de las organizaciones del proyecto) para articular actividades cuando vengan a Cerro Largo”, apunta Allison.

Mujeres Resilientes es esa red que conforma un entramado de contención, acompañamiento, sostén, crecimiento y

apoyo. Las mujeres en Cerro Largo encuentran en el colectivo una voz confiable y segura a la hora de pedir ayuda. Pero también el grupo se les configura a ellas mismas como ese rincón desde donde pensar juntas, buscar estrategias de acción y resistencia, incluso para sí mismas.

“Pasa algo, cualquier situación que nos interpela, y nos buscamos, porque necesitamos saber qué tiene para decir la otra. O pasa algo en Cerro Largo, algo en lo que ni siquiera tenemos que ver, pero automáticamente es un ‘che gurisas pasó esto, ¿podemos hacer algo?, ¿Mujeres Resilientes puede hacer algo?’”, suma Kelly.

El grupo también significa un espacio de cobijo y cuidado, el refugio necesario al que acudir cuando el mundo y su hostilidad duelen demasiado, o cuando las situaciones de violencias también atraviesan las vidas de sus integrantes: “A mí cuando empezó el grupo me interpelaba mucho el tema de las violencias, porque estaba pasando por una situación complicada y ellas fueron mi apoyo. O sea, yo era red, y también ellas eran mi red. Es muy fácil verlo desde lo teórico, pero cuando lo vivís es distinto. Haber pasado por eso me ayudó a estar más en ese momento, a ver distintas situaciones y poder ponerme desde el otro lugar con las mujeres. Y entonces era eso, ser red para ellas y que ellas fueran red para mí red, todo junto”, cuenta María, una de las integrantes fundadoras del colectivo.

Ser red y tener red: dos aspectos sustantivos para pensar las violencias y, en particular, las estrategias para cortar los círculos que las promueven.

FONDO DE MUJERES DEL SUR

www.mujeresdelsur.org

Fondo de Mujeres del Sur

@fmujeresdelsur